





Silvio Caiozzi,
director de "La luna en el espejo"

Reflejos de un universo oprimido

Daniel Olave

A pocos días de estrenar su última película, luego de un proceso de más de cinco años, Silvio Caiozzi recibió la noticia de que su film estaba incluido en la selección oficial del Festival de Venecia. Uno de los grandes. Aún no del to-

tinente, el director había avanzado en su idea de coproducir películas sobre novelas del boom latinoamericano. Al poco tiempo, la empresa original se disolvió, y el realizador chileno ya estaba metido hasta el fondo en el atractivo argumento propuesto por Donoso. Juntos elaboraron el guión en sólo tres semanas. Otras cinco duró el rodaje en Valparaíso, en el verano de 1984. El montaje, en cambio, tardó años, y sólo en 1990 estuvo terminado el film. Así, tras media década de trabajo resumida en 75 minutos de cinta, Silvio Caiozzi estrena este viernes su tercer largometraje, *La luna en el espejo*.

La historia (inconfundiblemente donosiana) trata sobre las sofocantes relaciones entre un viejo marino retirado, don Arnaldo (Rafael Benavente), su amulado hijo el Gordo (Ernesto Deadle) y una vecina igual de inmadura, Lucrecia (Gloria Munchmayer). Desde su lecho de enfermo, el padre controla todo cuanto ocurre en su casona del cerro porteño, a través de los múltiples espejos habilitados a su alrededor. Sentenciado a cuidar al anciano, el Gordo se la pasa encerrado cocinando. Los deseos atisbados entre tanta frustración, amenazan con provocar la inestabilidad de ese universo oprimido, sustentado sobre las obsesiones de cada uno de los personajes.

—¿Por qué tanta demora en finali-

zar la película?

—Después de la filmación, me quedé esperando que funcionara la coproducción. No funcionó, entonces me dediqué de a poquito, en la medida que tenía tiempo entre publicidad y publicidad, a la película.

—¿En qué medida esto del tiempo de decantación fue positivo?

Yo pienso que especialmente en esta película fue positivo, porque me hacía muy bien distanciarme de ella, para volver después, ver lo que había hecho y darme cuenta de que quizás no iba bien, que de repente me desviaba del camino. Es una película que se mueve en un nivel muy sutil, es muy fácil desviarse del estilo. Fácil de caer en la morbosidad o en la comedia liviana. Muy fácil.

—Por las características de tu película, la parte dramática era vital, ¿cómo fue el trabajo con los actores?

—Yo diría que con los tres actores me fue de distinta manera. Curiosamente aquí me encontré con tres personalidades, estilos e historias distintas. El primero desde un comienzo tanto Pepe como yo pensamos que debía ser Rafael Benavente, por razones de las características físicas, las manías y todo eso, del personaje. Con Rafael fue un trabajo con un actor de gran trayectoria en el teatro. El típico trabajo de reducirlo, contenerlo, para adaptarlo al cine. Gloria, que es una actriz con más experiencia en televisión, y en cine también, tenía el problema de que ella no tenía nada que ver con Lucrecia. Le tocó hacer quizá una de las cosas más difíciles en actuación. Hay muy pocos actores que de verdad son capaces de desdoblarse en otro. Para ella fue difícil y creo que lo hizo muy bien. Y en el caso del Gordo, estaba el problema de una persona que no es actor profesional (es el dueño de una hostería en Villarrica), pero que sí era el naturalmente el personaje, tenía todas las características que yo me había imaginado. Mi trabajo con él era decirle "no te preocupes", "no importa que se gaste celuloide", "¡o estás haciendo regío!". O sea, buscar que no le diera vergüenza, pudor, culpa; un trabajo de psicólogo para lograr que fuera igual como él es. Entonces, si te fijas, aquí tuve la curiosa experiencia de distintos trabajos con cada uno de ellos.

—¿Y quedaste satisfecho con su trabajo?

Mucho, mucho. En esta película, yo te garantizo que si uno de los tres falla, se viene la película entera abajo. Esa



1991, P. 110

de convencido, sólo atinaba a decir "es maravilloso, es como estar nominado al Oscar", mientras gestionaba en Brasil el subtítulo al italiano. Terriblemente seguro y satisfecho de su trabajo, Caiozzi nos habla de algunos detalles de producción y de los mayores logros de su cinta: el trabajo con los actores y el montaje.

Cuando el escritor Donoso llamó a Caiozzi para ofrecer un texto posible de convertirse en guión cinematográfico, este último se encontraba justo en un proyecto de filmar obras literarias. Previo contacto con otros directores del con-

amulado hijo el Gordo (Ernesto Deadle) y una vecina igual de inmadura, Lucrecia (Gloria Munchmayer). Desde su lecho de enfermo, el padre controla todo cuanto ocurre en su casona del cerro porteño, a través de los múltiples espejos habilitados a su alrededor. Sentenciado a cuidar al anciano, el Gordo se la pasa encerrado cocinando. Los deseos atisbados entre tanta frustración, amenazan con provocar la inestabilidad de ese universo oprimido, sustentado sobre las obsesiones de cada uno de los personajes.

—¿Por qué tanta demora en finali-

Reflejos de un universo oprimido Silvio Caiozzi, director de La Luna en el espejo [artículo] / Daniel Olave.

AUTORÍA

Olave, Daniel

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Reflejos de un universo oprimido Silvio Caiozzi, director de La Luna en el espejo [artículo] / Daniel Olave.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile